El dulce sueño

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara*

♦♦♦

Cuando la tierra dejó de amasarse sobre sí misma y se convirtió en la bola que ahora es, los hombres y las mujeres eran felices sin tener que darse explicaciones ni acudir a terapias. No puedo negarlo, la felicidad era proporcionada por las mujeres, voy a explicar por qué: las mujeres tenían tres pechos redondos, robustos y llenos de vida. Cuando había niños pequeños, de dos de los pechos manaba una leche dulce y tibia con la cual se robustecían hasta llegar casi al final de la niñez. Del tercer pecho, igual de rozagante que los otros dos, manaba una bebida de miel. No era exactamente de miel, mas tenía la virtud de ser aromática, dulce y levemente embriagadora. Los hombres, cuando llegaban de cazar y de pescar, de colocar las trampas para atrapar a pequeños carnívoros, se acomodaban bajo el tercer pecho de las mujeres y así, en ese paraíso, pasaban la noche.

Los hombres nunca tuvieron pesadillas. Mamando del tercer pecho tenían dulces sueños: eran héroes de batallas futuras, vencedores de los abismos, cazadores de fieras. En la mañana, tenían la fuerza suficiente para emprender de nuevo la travesía por la selva, aventurarse en las lagunas cercanas, en la diaria tarea de traer los alimentos. Por la noche, celebraban amores festivos con las mujeres. La noche se tendía sobre ellos como una inmensa madre protectora en su densa oscuridad.

Una mañana en que los hombres salieron a los campos, uno de ellos encontró un conejo atrapado en una de las trampas. Ello no tendría nada de particular, sin embargo el conejo imploró por su vida. El hombre, asombrado, le preguntó cómo era que tenía el don del habla. El conejo no hizo caso de la pregunta, sino que siguió implorando por su vida. El hombre lo ató para llevarlo a casa, seguro de contar con un buen asado de conejo. En el camino, el conejo hablante le prometía cumplir diversos deseos si lo dejaba libre, mas éste, impasible, no se conmovía con las habladurías del conejo. Sabido era que los hombres carecían de deseos ya que lo único que anhelaban era regresar a casa para dormir pegados al pecho de las mujeres. Entonces el conejo le dijo: si me llevas a mi casa te enseñaré la forma como puedes tú dominar a las mujeres para acabar con el dominio que ellas tienen sobre ti y sobre todos los hombres. El hombre siguió sin hacerle caso. El conejo insistió tanto en llevarlo a su casa que el hombre accedió puesto que el camino de regreso quedaba en esa dirección.

Al llegar a la casa del conejo el hombre quedó estupefacto. Frente a él se encontraba una mujer que sólo tenía dos pechos. El cabello era corto y

*Universidad Autónoma de Nayarit

♦♦♦

rubio, la mujer tenía los labios entreabiertos, piernas lisas y redondeadas y lo más impactante eran los dos pechos. No era una mujer de verdad ya que estaba pegada sobre una especie de corteza de árbol. Las mujeres de los tres pechos tenían cabellos largos, en las piernas tenían innumerables cabellos pequeños y no recordaba haber visto esa boca graciosa y jugosa de la mujer de los dos pechos. A un lado de la mujer estaba escrito MM. El conejo, sabedor del impacto causado, le dijo: las mujeres los dominan con su tercer pecho, con el licor que manan los embriagan para tenerlos dormidos en la noche y atontados en el día. Si acaban con el tercer pecho de las mujeres, ustedes podrán dominarlas y convertirlas en mujeres como MM. El hombre sintió un deseo de poseer a la mujer de los dos pechos. El deseo iniciaba en la base misma de sus genitales, se extendía a las piernas, las rodillas, el torso. Por primera vez, sentía un algo insatisfecho que le recorría cada parte de la piel, le tensaba los músculos, le ofuscaba la razón.

Por la noche, se acomodó junto a su mujer pero tuvo buen cuidado de no mamar del tercer pecho, tal como le dijo el conejo. Al otro día, se propagó el secreto entre los hombres. Uno a uno los fue llevando a la casa del conejo hasta que todos quedaron convencidos de la necesidad de anular el tercer pecho de las mujeres. Los más viejos se resistían porque el deseo no era muy claro entre sus piernas. Les costaba trabajo sentir nuevas sensaciones frente a la mujer de los dos pechos, por lo que preferían seguir teniendo los dulces sueños pegados al tercer pecho.

Los hombres acordaron seguir las instrucciones del conejo. Bastaba una noche en que ningún hombre mamara del tercer pecho, para que éste desapareciera. Lo postergaron una noche más. Algunos deseaban tener, por última vez, la sensación de tranquilidad-reposo-ternura, del tercer pecho. Otros más, pensaban hacer pequeñas trampas ya que aprovecharían los pechos de los niños para regocijarse en ellos.

La noche señalada, todos los hombres cumplieron el encargo. Los más viejos se durmieron con lágrimas en los ojos y despertaron con cruentas pesadillas. Efectivamente, tal y como lo había previsto el conejo, desapareció el tercer pecho de las mujeres. Sólo quedaron los dos pequeños bultos reservados al alimento de los niños. Los hombres salieron de cacería, de pesca. Un desasosiego se apoderó de ellos durante todo el día. Al llegar la noche, encontraron a sus mujeres amamantando niños, olvidadas del paraíso que fueron.

Una luz redonda y blanca surgió en la oscuridad de la noche. El pecho redondo y jugoso de las mujeres se convirtió en luna. Las mujeres se vuelven melancólicas al verla porque, aunque no lo saben, es parte de ellas. Si ves a los hombres suspirar en las noches de luna llena, escribir poesía, convertirse en lobos, es porque en algún lugar de su conciencia añoran el tercer pecho, y la luna con su sombra de conejo, se los recuerda.♦



